

# Estrellas y borrascas

Gaston Rébuffat  
Prólogo de Sir John Hunt

## Seis caras norte



*Estrellas y borrascas* es el relato de la ascensión de las seis caras norte más famosas de los Alpes, con las que todo alpinista sueña incluso hoy: la del Dru, la de las Grandes Jorasses, del Eiger, del Cervino, del Piz Badile y de la Cima Grande di Lavaredo. El guía Gaston Rébuffat (1921-1985) fue el primero en escalar, entre 1931 y 1938, estas seis paredes, quintaesencia del alpinismo de alta dificultad.

Pero este gran clásico de la literatura alpina nos ofrece mucho más que un conjunto de relatos de ascensiones, prestigiosas por sí mismas. Transmite la historia de la voraz vocación montañera de un joven marsellés, convertido en uno de los más célebres alpinistas contemporáneos. Es también, a pesar de los episodios en ocasiones dramáticos, un relato de una aventura profundamente humana, pues según Rébuffat la alta montaña es ante todo un asunto de amistad, tanto entre los hombres que la escalan como entre éstos y las cimas que pretenden conquistar. Más que ningún otro, el autor tiene el don de transmitir esta pasión misteriosa que se llama alpinismo, y de conseguir que el lector respire el aire sutil de la altitud.

Publicado por primera vez en 1954, y traducido a numerosos idiomas, *Estrellas y borrascas* es la obra maestra de Gaston Rébuffat.

## PRESENTACIÓN

A la fuerza, el hombre que ha alcanzado las cotas de audacia, resistencia y habilidad que a continuación se relatan tiene que ser un personaje extraordinario. El lector de este libro quedará fascinado no solamente por las aventuras «verticales» que en él se describen, sino también por la forma de describirlas y por el carácter del hombre que las ha vivido. ¿Qué clase de hombre es Gaston Rébuffat?

Tengo la suerte de ser su amigo desde 1951, y desde entonces nuestra amistad nunca se ha debilitado. Con treinta años, conocido ya por sus hazañas en los Alpes y por ser uno de los mejores guías, regresaba de una expedición del Himalaya que había suscitado la atención del mundo entero: la ascensión francesa del Annapurna, que por aquellas fechas se convertía en la mayor altitud alcanzada jamás; una aureola de gloria envolvía a Maurice Herzog y a sus compañeros.

Mi mujer y yo habíamos proyectado festejar nuestro aniversario regalándonos el placer de una escalada con Gaston. Deseábamos escalar una de las grandes vías clásicas de las Agujas de Chamonix. Gaston vino a recogernos a la estación, empujando una bicicleta. Para llegar a su piso, un chalet situado al lado del pueblo de los Praz, bordeamos las orillas del Arve, y mientras caminábamos, departimos sobre muchos asuntos, incluidos los de nuestro proyecto de ascensión. Todo esto me daba tiempo para estudiar a aquel hombre.

A primera vista, su aspecto y su actitud daban una impresión de amabilidad, de determinación y de dinamismo.

Una cabeza de tamaño medio, pero particular, con una tendencia a inclinarse hacia atrás; rasgos finos; mejillas huecas, y un mentón prominente que afirmaba su constante determinación; una frente lisa, bastante baja, tocada por una espesa cabellera negra; ojos oscuros, profundamente hundidos en sus órbitas, bajo abundantes cejas, que tenían una mirada intensa, directa y penetrante, frecuentemente iluminada por una luz espiritual. Alto de estatura y delgado, con anchas espaldas, tenía un andar ligero, un caminar acompañado, casi a saltitos. Hablaba con énfasis, pero con un énfasis contenido por una voz que dominaba la estridencia y con el acento ligeramente arrastrado del sur de Francia. Señalaría el cuidado con que se vestía, un atuendo poco convencional: una camisa de cuadros de vivos colores, un grueso jerséi de rombos blancos y negros, pantalones gris claro ajustados por encima de las rodillas donde se sumergían gruesas medias de lana blanca, recubriendo sus gemelos largos y flacos, para acabar en unas cómodas botas de marcha. Desde los primeros instantes nos sentimos a gusto en su compañía; parecía desprovisto de arrogancia y de timidez. Hablaba del Annapurna, sin recordar las dificultades o las fatigas; aunque Gaston había sido uno de los cuatro que regresaron al campo base con congelaciones y ceguera a causa de la nieve, se centraba en los problemas humanos de este gran drama; estaba impresionado por la calidad de nuestros amigos comunes, los sherpas, y por la belleza de las montañas.

Yo le hablaba de nuestros proyectos —por otra parte, bastante modestos para él—, que concernían a los dos próximos días, con el entusiasmo de un principiante la víspera de acometer su primera escalada en los Alpes.

Ya en su casa, por la noche, en compañía de su simpática esposa, Françoise, y de su pequeña hija, Frédérique, me dejó ver fotos de algunos de los pasajes de escalada más bellos de la época, entre otros de la cara norte del Cervino y de la pared nordeste del Piz Badile. Evidentemente, des-

de entonces, la lista de sus ascensiones se engrosó y pasó a añadirse a la historia del alpinismo en los Alpes.

Lo que a mí me gustaba más del relato de estas bellas escaladas era que concedía más interés a sus compañeros, a la atmósfera de la gran ascensión, que a los problemas técnicos con los que se encontraba. Allí, delante de mí, tenía a un hombre enamorado de sus montañas, un gran artista, inconsciente de su gran valor. Simpatizamos enseguida: comenzábamos una larga y duradera amistad.

Aquella noche nevaba abundantemente. Por la mañana las nubes seguían bajas y las rocas continuaban con una espesa capa de nieve pegada que nos obligaría a abandonar el proyecto con el que habíamos soñado. Después de caminar una jornada entera hundidos hasta los muslos para alcanzar el refugio de los Grands Mulets, realizamos incluso una vaga tentativa de ascensión al Mont Blanc y pasamos el resto del día escalando las puntas rocosas de los Clochers-clochetons, convertidos en una superficie escurridiza a causa de una lluvia fina y continua. Esta contrariedad quedó positivamente compensada por la presencia de nuestro nuevo amigo.

Desde este día, me he vuelto a encontrar a menudo con Gaston en la montaña, pero desafortunadamente el mal tiempo siempre se ha opuesto a nuestros planes. Finalmente, las únicas escaladas que conseguimos hacer juntos se llevaron a cabo en las agujas de Plan de Praz y en el bosque de Fontainebleau. Por fortuna, nos hemos encontrado en otros sitios, no sólo en la montaña, en una avenida de París o de Londres, en un refugio o en su gran chalet, encima de Chamonix. Gaston sigue siendo el mismo: habla una y otra vez de las montañas, de sus amigos, o de proyectos de grandes ascensiones con clientes, quienes siempre se han convertido en sus amigos.

Ni que decir tiene que me dirigí a Gaston para que se ocupase, junto a otros fabricantes franceses, del material que necesitábamos para nuestra expedición al Everest, ta-

rea que él llevó a cabo con una devoción y un entusiasmo típicamente suyos; su alegría, tras nuestro triunfo en el Everest, me causó un gran placer, pues él había formado parte de esta historia.

Gaston Rébuffat, uno de los más grandes escaladores de todos los tiempos, es, ante todo, un ser con una intensa humanidad, alguien que ha descubierto en la montaña el verdadero sentido de su vida.

LORD JOHN HUNT

Jefe de la expedición británica al Everest de 1953

## PRÓLOGO

Este libro es el de una juventud completamente consagrada a la montaña.

Mientras residía en Marsella, soñaba siempre con ascensiones. Todos los inviernos esperaba la llegada del mes de julio con impaciencia, y por fin llegaba el día de emprender la marcha hacia Ailefroide o Chamonix. Pasaba algunos días en las cumbres, y después me tocaba esperar un año más, así que, un día, decidí vivir en la montaña y me hice guía.

Entre otras muchas, dos ascensiones han cristalizado estos sueños de juventud: la Barre des Écrins, durante mi adolescencia, y la cara norte de las Grandes Jorasses por el Espolón Walker, cuando tenía veinte años.

En 1945, descendiendo de esa montaña, y liberado de mis deseos de aficionado, la atracción de las tierras altas siguió en mí otros derroteros: tomé posesión de mi oficio de guía. Dejé la École Nationale de Ski et d'Alpinisme (ENSA) <sup>[1]</sup>, en la cual era instructor, y parecía que tomaba completamente las riendas de mi vida.

Un sueño realizado engendra otro sueño; después del Espolón Walker de las Grandes Jorasses, quise escalar las otras caras norte: Drus, Badile, Cervino, Cima Grande, Eiger. Recuerdo que cuando esas paredes eran vírgenes, yo era un niño, y cuando tuve la edad de escalarlas, quise subirlas todas. Pero no me bastaba con esto: me hice guía para escalarlas ejerciendo mi profesión. ¡Exigente juventud que no se conforma con términos medios!

En los Écrins tenía el alma de un *boy-scout*; en las Grandes Jorasses, y durante los cuatro años que pasé en el Cen-

tre-École de Jeunesse et Montagne<sup>[2]</sup>, en la École Militaire de Haute Montagne y en la École Nationale de Ski et d'Alpinisme<sup>[3]</sup>, era un muchacho entusiasta; el oficio de guía me ha ayudado a convertirme en un hombre.

La profesión de guía es una de las más hermosas que existen, porque el hombre la ejerce sobre la tierra que aún permanece virgen.

En nuestros días, pocas cosas siguen siendo como eran; ya no existe ni la noche, ni el frío, ni el viento, ni las estrellas. Todo se ha neutralizado. ¿Dónde está el ritmo de la vida? ¡Todo va tan aprisa y hace tanto ruido! El hombre con prisa ignora la hierba de los caminos, su color, su olor, sus reflejos cuando el viento la acaricia.

Qué curioso es el encuentro entre la naturaleza humana y los relieves del planeta: hombres en completo silencio. ¿Una fuerte pendiente de nieve dura como un cristal? La escalan y rubrican su trabajo: una huella irreal. ¿Una roca hermosa como un obelisco? Destruyen la ley de la gravedad y se ganan el derecho de pasar por cualquier parte. No persiguen una aventura; solamente viven, hacen su trabajo. En el verano se levantan todos los días de madrugada para interrogar al cielo y al viento. El día anterior estaban inquietos: largas nubes rayaban el oeste. Temían que la noche se estropeará: la Vía Láctea brillaba con excesiva crudeza, el frío se hacía esperar. Pero el viento del norte se ha levantado; el cielo y la nieve están en condiciones; el guía puede despertar a su cliente y salir. En ese momento una cuerda une a dos seres con una sola vida; el guía se ata a un desconocido que va a convertirse en un amigo: cuando dos hombres comparten lo bueno y lo malo, dejan de ser desconocidos.

Con la repetición inevitable de las mismas ascensiones, el trabajo podría hacerse fastidioso, pero el guía no es sólo una máquina de escalar rocas y pendientes de hielo, de conocer el tiempo y el itinerario. El guía no escala para él mis-

mo: abre las puertas de sus montañas como el jardinero las verjas de su parque. La altitud es un marco maravilloso para un trabajo, escalar le procura un placer que nunca le cansa, pero sobre todo le satisface la felicidad de aquél a quien acompaña. Sabe que determinada excursión es particularmente interesante, que en tal lugar se goza de una magnífica vista, que cierta arista de hielo es bella como un encaje; no dice nada, pero la sonrisa de su compañero al descubrirlo es su recompensa. Si el guía no pensara conseguir más placer que el de su propia escalada, quedaría defraudado y se cansaría pronto de la montaña. No; tras escalar cinco, diez o veinte veces la misma fisura o la misma placa, vuelve a sentirse contento al encontrársela. Pero su felicidad proviene de un sentimiento más profundo: su parentesco con la montaña y con los elementos, como el campesino con su tierra o el artesano con la materia que trabaja. Si el segundo de cuerda duda, el guía le devuelve la confianza; si la tormenta se presenta repentinamente, conoce sus secretos: su instinto le dirige, su responsabilidad aumenta sus fuerzas y conduce nuevamente a su cordada hasta el refugio. Le gusta la dificultad, pero odia el peligro, esos dos conceptos tan diferentes. A veces muere, alcanzado por el rayo, los desprendimientos de piedras o los aludes; eso también forma parte de su oficio; pero mientras vive, lucha para guiar su cordada.

Entre los nativos de Chamonix o de los otros valles de la montaña, el oficio de guía suele pasar de padres a hijos. Pero ¡yo soy marsellés! Sin embargo, fue en mi Provenza natal, en las colinas de la Sainte-Baume o del Luberon, o en las Calanques, junto al mar, donde nació en mí el amor al viento y a los grandes espacios, a las estrellas y a las borrascas, a las flores y a los bosques, al olor y al sabor de todas esas cosas.

En 1950, estaba con la expedición francesa, en el Himalaya, al pie de los gigantes de la tierra. Decidimos ascender

el Annapurna, íbamos guiados por el mismo anhelo que en los Écrins o en las Jorasses, y después de un dulce temor, al hallarnos frente a estos gigantescos y misteriosos macizos, penetramos en sus secretos. Caminábamos, descubríamos, explorábamos y, todas las noches nos dormíamos, felices, bajo el cielo de Asia. En el Himalaya encendimos hogueras en el bosque y levantamos campamentos en los valles o en los glaciares; en los Alpes pasamos los atardeceres y las noches en refugios. Las noches que se pasan en la montaña se cuentan entre los recuerdos más hermosos de la vida de un alpinista; pero lo que nunca se olvida son los vivacs a la intemperie, bajo las estrellas.

Para realizar la ascensión de las grandes caras norte, los primeros escaladores debieron emplear dos, tres o cuatro días, y pasar por lo menos una noche aferrados a la pared. Actualmente, a pesar de que se conoce bien el itinerario, resulta frecuente todavía vivaquear en alguna de ellas, lo que no es ningún inconveniente. Al final de la jornada, el alpinista busca un rellano, coloca su mochila en el lugar idóneo, introduce un clavo y se ancla a él; después del duro y acrobático esfuerzo de la ascensión, medita como lo haría un poeta, pero integrándose más que éste en la vida de la montaña. El hombre que vivaquea liga su propia carne a la carne de la montaña. Sobre su lecho de piedra, adosado a la gran muralla, frente al familiar vacío, ve, hacia su izquierda, cómo se oculta el sol en el horizonte, mientras el cielo extiende en la parte opuesta su manto de estrellas. Primero permanece en vela, luego se duerme, si puede; se despierta, observa el cielo, se vuelve a dormir. Luego acecha: hacia su derecha debe volver el sol. Un gran viaje bajo los diamantes esparcidos. Aquél que sólo ha hecho ascensiones con buen tiempo, saliendo siempre de los refugios, sin vivaquear nunca, conoce el esplendor de la montaña, aunque ignora su misterio durante la noche, en la profundidad del cielo. Conozco a muchachos entusiastas que huyen de la ciudad los fines de semana para ir a los bosques de

Fontainebleau o a las Calanques; el domingo escalan, pero el sábado por la noche vivaquean, para disfrutar de la naturaleza y del universo.

Algunos alpinistas se sienten orgullosos de haber realizado todas sus ascensiones sin vivac. ¡No saben lo que se pierden! Lo mismo que aquellos a los que sólo les gustan las ascensiones sobre roca, o sobre hielo, o únicamente las aristas o las paredes. No, no hay que rechazar ninguna de las mil y una maravillas que la montaña nos brinda, ni limitar o apartarse de nada. Tener sed, tener hambre, poder ir muy deprisa, saber también avanzar lentamente o incluso detenerse a meditar. ¡Vivir!

Entre las grandes caras norte hay algunas donde, gracias al conocimiento que se tiene del itinerario y a los clavos que han ido dejando los escaladores, ya no es necesario vivaquear como lo fue durante la primera ascensión. Un ejemplo es la cara norte de la Cima Grande di Lavaredo. Escalando esta pared, más de una vez he pensado en los primeros ascensionistas, aferrados durante la noche a la vertical y blanca piedra que, huyendo por encima de ellos, alcanza el cielo. Naturalmente, se puede hacer un vivac por el gusto de vivaquear, como se puede escalar por escalar, pero creo que ésta no es nuestra vocación. No nos basta con ser espectadores o máquinas de escalar. Debemos formar parte de la noche y de la montaña, más que ser testigos. Las estrellas, cosidas en el cielo, centellean: el montañero puede contemplarlas, pero no debe olvidar que tienen vida, y también que le pertenecen un poco: de ellas depende su suerte. Si brillan, se siente feliz. Si relucen con demasiada crudeza, la duda se apodera de él; se acerca una tempestad. Si las nubes las ocultan, nevará al amanecer. Mientras en el valle la electricidad las ha suplantado definitivamente, allí arriba los dorados cristales son algo así como un poco de su carne que se estremece.

En el momento en que escribo estas líneas, siento deseos de respirar un instante el aire de la noche. Es invierno; hace frío. Encajonadas entre dos hileras de casas, festejando los tejados de mi estrecha calle, las estrellas parecen deslizarse lentamente, a medida que avanzo. «Hace frío», me digo; buena señal, la nieve se helará. Es una tontería, estoy en París, en la calle de los Grands-Augustins. Sin embargo, mi calle desemboca en un paseo, y en el centro de la gran ciudad, el Sena y los árboles, la noche y el silencio, tienen algo que recuerda a la naturaleza.

Es tarde, es pronto. Hace frío. Es la hora en que se sale a la terraza del refugio para interrogar al cielo, al viento, a la nieve. Las noches muy frías anuncian los días hermosos. Es la hora de salir. La hora en que el alpinista enciende su linterna...

Y el sueño se apodera de mí.

## CARA NORTE DE LAS GRANDES JORASSES. ESPOLÓN WALKER

¿La cara norte de las Grandes Jorasses? Es difícil y, sobre todo, hermosa. Está construida como una catedral, tiene una altura de mil doscientos metros, una anchura de mil quinientos y culmina a cuatro mil doscientos metros. Bajo ella el glaciar se retuerce como una cinta. Erguida al fondo de un amplio circo glaciar, no es visible desde el valle; pero como es atractiva, se sube para verla. El turista que va al refugio del Couvercle la descubre, majestuosa, a medida que escala los Égralets. Desde la Aiguille du Moine o la Aiguille Verte, el alpinista la contempla en toda su grandeza: un bloque de granito leonado y gris, como cuatro torres Eiffel. Maciza y bien labrada, tiene mucha energía a pesar de su peso: su cresta se yergue en el cielo. Parece vivir. No es piedra gastada, muerta, opaca, que se desmorona. Al contrario, se endereza mientras hunde sus raíces bajo el glaciar de Leschaux, en el planeta cálido y lleno de vida.

¡Cuántas noches he pasado contemplándola, desde la terraza del refugio del Couvercle, a la hora en que el sol poniente ilumina sólo las altas cumbres! Mientras en el valle reina la noche y oscurece en media montaña, allí arriba aún quedan rescoldos, el fuego fermenta y, en pocos momentos, la cara norte de las Grandes Jorasses se incendia. Abajo todo está tranquilo y glacial. La frescura se eleva por las canales, y los últimos rayos, estremecidos de frío, huyen lentamente de la pared para después abandonarla en la

noche. Entonces, llega un tiempo muerto en el que la vida parece suspendida; los débiles ruidos no son más que murmullos. Pero después de esta vacilación, empieza otra nueva vida: una a una las estrellas revientan la gran bóveda, palpitan, centellean y reinan, innumerables y fraternales.

Hace frío; todo se resquebraja y se acurruca. Como otros montañeros, me encuentro en la terraza del refugio y, aunque conozco el espectáculo de memoria, estoy muy atento y un poco emocionado. ¡El misterio de la piedra y de la noche! Luego, mientras la tierra gira y los hombres duermen, a algunos de ellos se les aparece en sueños la gran cara norte.

Como la mayoría de las otras montañas, las Grandes Jorasses fueron escaladas por primera vez por la cara sur, soleada y acogedora. La cresta cimera, de cerca de un kilómetro y situada a más de cuatro mil metros, tiene diferentes puntas: Young (4000 metros), Margarita (4065 metros), Michel Croz<sup>[4]</sup> (4108 metros), Whymper (4196 metros) y la cumbre, la Punta Walker (4208 metros). Cada nombre es una etapa de la difícil conquista de esta montaña.

Después de la cara sur, se atacaron las aristas; la arista de las Golondrinas, limpia como una parábola, no fue escalada hasta el año 1927, por los italianos Matteoda, Ravelli y Rivetti, conducidos por los guías Adolphe Rey y Alphonse Chenoz. Pero la cara norte permanecía virgen. Los asaltos se fueron multiplicando. Por momentos, la gran pared se convertía en un desafío, y tras haber inspirado el deseo, después provocó el temor, y finalmente ¡el terror! Los mejores alpinistas rondaban a sus pies: con guías, sin guías, ingleses, alemanes, austriacos, italianos, suizos, franceses... Muchos murieron allí.

G. Winthrop Young y Joseph Knubel habían hecho ya una exploración en el año 1907. Fueron los primeros en sentir la gran tentación de escalar la más hermosa cara norte de todos los Alpes. Pero las verdaderas tentativas empe-

zaron en 1928, a lo largo del espolón de la Punta Walker. Gasparotto, Rand Herron<sup>[5]</sup> y Zanetti, conducidos por Armand Charlet y Evariste Croux, se elevaron hasta el pie de la primera barrera de placas, a unos tres mil trescientos metros.

Después de una interrupción de tres años, las tentativas se reanudaron en 1931, y se hicieron sistemáticas, hasta alcanzar el éxito. El 1 de julio, dos alemanes, Heckmair y Kroner, intentaron subir por el corredor central. Algunos días después, otros dos alemanes, Brehm y Rittler, salieron en la misma dirección, pero, arrastrados aparentemente por un desprendimiento de piedras o por algún alud, cayeron y se mataron. Sus cuerpos fueron hallados una semana más tarde por Heckmair y Kroner, que atacaban de nuevo.

La cara norte de las Grandes Jorasses se convirtió en la ascensión más codiciada, y los mejores alpinistas del momento desfilaron por el refugio Leschaux, que preside el circo de las Jorasses, para lanzarse al ataque de la pared: los alemanes Franz Schmid, vencedor de la cara norte del Cervino; Steinauer, Welzenbach<sup>[6]</sup>; los italianos Binel y Crétier, Boccalatte y Chabod, Carrel y Maquignaz; los franceses Dilleman y Couturier, conducidos por Armand Charlet. Ninguna de estas cordadas logró atravesar la primera barrera de placas.

En 1933 se intentó un nuevo itinerario; abandonando el Espolón Walker, los italianos Gervasutti<sup>[7]</sup> y Zanetti se elevaron hasta tres mil quinientos metros sobre el Espolón Central, que desemboca en la Punta Michel Croz. Un año después, el 5 de julio de 1934, Armand Charlet y Robert Gréloz alcanzaron los tres mil seiscientos metros en el mismo espolón durante una tentativa que tuvo cierta repercusión.

Apenas Charlet y Gréloz descendieron, atacaron los suizos Loulou Boulaz, una mujercita de aspecto frágil y voluntad excepcional, y Raymond Lamberts.<sup>[8]</sup> Luego les tocó el turno a los alemanes Meier y Steinauer. El 30 de julio, cua-